

Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Nro. 2 | 2007



Centro **Interdisciplinario**
de
Estudios Sociales

Universidad Nacional de Rosario

UNR
EDITORA
COLECCIÓN
ACADÉMICA

Notas Bibliográficas

Notas Bibliográficas

Por Hernán A. Uliana¹

CIESo-UNR

PALTI, Elías José **EL TIEMPO DE LA POLÍTICA. El siglo XIX reconsiderado**. Siglo veintiuno editores, Buenos Aires 2.007, p 328, ISBN: 978-987-1220-87-8

Los trabajos de historia (como de cualquier otra disciplina) son como los desechos humanos. Estos, cuando se hacen en el campo, sin demasiadas ceremonias, los consideramos sucios, incivilizados, restos de una cultura bárbara y atrasada; en cambio en nuestros tronos de cerámica, rodeados de civilización, sabiendo que estos van directamente a los caños y de allí a un lugar mágico donde desaparecen de la existencia, nos sentimos cómodos y orgullosos. He aquí que los trabajos historiográficos teñidos de “política”, estrechos, provincianos, sucios en sus palabras, sinceros en sus intenciones los calificamos de “mierda” mientras que esas fábricas de desechos que son nuestros espacios ultraprofessionalizados, las universidades “ecologistas”, con sus formas de caballeros, sus reglas estrictas, su respeto al medio ambiente y su completa inutilidad, los llamamos “ciencia”. Sin embargo aquellos desechos (de las dos clases) fertilizan la tierra mientras que estos apenas contaminan ríos.

Para quienes no somos historiadores profesionales es ciertamente una sorpresa cuando se encuentra algo que rompa con esta aburrida rutina de inodoro. Siempre el mismo espacio, sentado frente al lavatorio, a la misma hora, todos los días, leyendo con esfuerzo, sabiendo que al tirar la cadena todo se olvida porque no merece la pena retenerse. Esta introducción “florida” puede parecer fuera de lugar, me parece apropiada para hablar de un libro, de un historiador, que de manera harto civilizada en sus formas y comportamientos ha logrado desde hace algunos años que sus desechos, encuadrados en tapa blanda, irriten con su olor la impecable y perfumada atmósfera de nuestros historiográficos baños.

Vi por primera vez en persona al profesor Palti en el 2006, en Rosario, disertaba sobre historia intelectual en la cual su mente agitada trabajaba al tiempo que sus palabras lanzaban una crítica devastadora sobre las líneas historiográficas que habían sido preponderantes en la segunda mitad del siglo XX en cuanto a los acercamientos a las ideas políticas latinoamericanas del siglo XIX. Quedé gratamente sorprendido, de forma diría empática, porque sus críticas coincidían en gran medida con las mías aunque reprochaba, ideológicamente, su “americanismo” intelectual ¿Porqué dedicarse a un debate en “the States” cuando el campo historiográfico argentino es pasto seco para una crítica tan eficiente?² Eso que quede en un cono de sombras, por ahora... Un año después tengo en mis manos este libro excelente en el cual está sistematizado lo que escuché aquella vez (el libro puede haber estado ya terminado) y vuelvo a sorprenderme por la magnífica coherencia y profesionalidad de la cual hace gala su autor (esto puede ser una virtud o un vicio).

Entonces decido hacer una crítica bibliográfica de su libro, obviamente con formato tradicional, no puede ser demasiado “crítica” como para molestar y romper un posible contacto en el campo, tampoco puede ser una sucesión de alabanzas para que no nos tilden de “poco serios”. En suma, debe ser una cuidadosa, trabajada, esforzada, preciosa mediocridad, y así lo acepté (en este caso es fácil, Elías “es del palo”).

Palti va a tratar de encontrar el hilo de “las razones de las razones” de los reticulados teóricos que los especialistas tuvieron en sus acercamientos a la historia de las “mutaciones” o “pervivencias” en el pensamiento político del siglo XIX latinoamericano y, de forma más específica, a sus (palabra equívoca) “ideas”. Como estos reticulados se alimentaron de persistentes nociones de sentido común que

¹ Dejo en claro que las opiniones vertidas me pertenecen y no reflejan necesariamente las del resto de la revista. Aclaración superflua pero “correcta” para no herir susceptibilidades (leer la presentación en el número 1 de *Pensar*).

² La historia personal del profesor Palti explica, si se quiere, esta tendencia. Su formación en universidades norteamericanas, los amigos y conocidos que allí y en México tiene o pudo haber tenido, los debates e intereses que lo cruzaron en sus primeros años, economías de escala, inserción y reglas del campo, etc. La pregunta es ideológica, proviene de las intenciones “políticas” del autor de estas páginas, mis disculpas al profesor Palti pero, como diría Deleuze, somos “rizomáticos” y mi medio no es Estados Unidos. Es mi topografía, periférica del mundo académico profesional argentino, la que hace rizoma con la de Palti que se halla completamente imbricada en él.

perjudicaron su capacidad renovadora, especialmente en el autor que es uno de los ejes articuladores del libro, François-Xavier Guerra³.

El punto de partida se sitúa en el contexto del debate sobre la originalidad (o falta de ella) que se encuentra en las ideas políticas latinoamericanas del siglo XIX y su relación con los procesos históricos. Palti comienza advirtiendo la falacia que supone el creerse libre de prejuicios cuando se ingresa a las investigaciones que tienen como objeto poner en relieve las conexiones entre unas y otros; coloca al espacio intelectual norteamericano (Charles Hale, Richard Morse, Howard Wiarda, etc.) como un primer ejemplo de cómo los supuestos subyacentes que teñían las primeras investigaciones históricas sobre las “ideas” (Leopoldo Zea) basados en una metodología que tenía como núcleo el concepto de modelos-desviaciones, se repite migrando el léxico sin modificar substancialmente las preconcepciones. En definitiva el modelo “tradicición-modernidad” se convierte en otras dicotomías (como “Rousseau vs Locke”, ethos hispano vs liberalismo, etc.) o se desplazan los tipos de “herencia” (habsburga o borbónica) con las cuales las clases gobernantes latinoamericanas habrían tenido que lidiar y que explicarían el “fracaso” de aplicar los nuevos modelos aprendidos o la imposibilidad de llevar a buen término lo que aparecería como la lógica liberal “En última instancia, las explicaciones culturalistas presuponen la idea de ‘totalidad cultural’, de un sustrato orgánico de tradiciones y valores. Todo cuestionamiento a la existencia de dicho trasfondo orgánico las convierte en necesariamente inestables y precarias. Sin embargo, la afirmación de la existencia de entidades tales, de algo semejante a un *ethos hispánico*, no puede pasar nunca de un mero postulado indemostrable.”⁴

En definitiva los norteamericanos (y muchos de los otros) que trabajan historia de las ideas latinoamericanas continúan atribuyendo a las diferencias “empíricamente comprobables” una determinación cultural que resulta improbable. La diferencia ocurre en que estas concepciones se “desprovincializan”, pasan de ser una tara de un país particular (como gauchos vs civilización en la tradición liberal dieciochesca argentina) a un conflicto de “espíritus” que abarca el Atlántico (concepciones organicistas vs individualistas, tradicionalistas vs modernistas, autoritarias vs democráticas). En última instancia, un sofisticado mito de origen del “americanismo” que pone a Latinoamérica como su espejo, y un fracaso en el intento de “superar los prejuicios” que, buscando comprender la realidad latinoamericana “en sus propios términos”, sólo logra reproducir los estereotipos comunes.

En la base misma de las argumentaciones para una *historia de las ideas* encuentra Palti, siguiendo a Pocock, inconsistencias insalvables. En última instancia la “transhistoricidad” de las ideas provoca que estas registren muy pobremente, si es que lo hacen, el paso del tiempo y los cambios. “La ahistoricidad de las ideas tiende inevitablemente a generar una imagen de estabilidad transhistórica en la historia intelectual”⁵ “Así, si enfocamos nuestro análisis exclusivamente en la dimensión referencial de los discursos (las ‘ideas’), no hay modo de hallar las marcas lingüísticas de las transformaciones en su contexto de enunciación”⁶.

Esta crítica es básicamente la que sigue utilizando el autor en su recorrido por las interpretaciones que intentan no caer en los tipos de dicotomías y teleologismos anteriores pero que generan a su vez nuevas dicotomías y teleologismos que tienen una relación con la tradición académica más estrecha de la que a los mismos autores les gustaría reconocer.

En el caso de Xavier-Guerra, Palti recupera el intento de este por evitar las estrecheces de los marcos tradicionales mediante la inclusión del contexto como parte inherente en el desenvolvimiento de las ideas, incluyendo los nuevos espacios que no preexisten a la crisis sino que son consustanciales a ella, y a las transformaciones políticas y conceptuales que se operan en el marco amplio de un proceso revolucionario único que afectó al Imperio español en su conjunto. Sin embargo concluye que Guerra

³ La frase “eje articulador” tal vez de una sensación falsa. El libro está multicentrado y Xavier-Guerra, la historia de México, los especialistas norteamericanos, el debate español peninsular, etc. son “puntos de condensación” o anclas que le permiten al profesor Palti evitar que su libro se convierta en un círculo de fugas abstractas. La opción “metacrítica radical” siempre es un arma de doble filo en un mundo como el de los historiadores que están, aún más que el común de los “sociales”, condenados a dar sentido entre la espada de la “duración” y la pared del lenguaje.

⁴ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2007, p 35.

⁵ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 42.

⁶ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 43.

termina cayendo en el presupuesto de superioridad histórica de los ideales de la sociedad moderna (teleologismo ético) y la modernización constituiría un “horizonte” el cual tendería a desplegarse históricamente.

Partiendo de los aportes de Guerra, Palti sigue con la crítica del proceso revolucionario español buscando los límites aporéticos de las ideas que allí se manifiestan y las torsiones que los actores del periodo realizan sobre las nociones heredadas. Otra vez aparecen las interpretaciones sobre las ideas que se expresan en la época de las Juntas de Cádiz y su “modernidad”.

Nuevamente son las “condiciones objetivas de enunciación” las que permitirían explicar los callejones sin salida de los constituyentes tanto españoles como americanos. El poder constituyente, la idea de nación preexistente, la soberanía, el origen de la autoridad que se arrogan los hombres que, bajo la consigna de defender el viejo orden, terminan trastocándolo en algo nuevo, vuelven a demostrarse como problemas irresolubles si únicamente se apela a las “ideas” como medio explicativo. Las necesidades nuevas de los hombres en la vorágine de la crisis chocan con los límites del lenguaje heredado y terminan llenando de nuevo sentido a las antiguas palabras y nociones “el lenguaje emerge así como problema”.⁷

En última instancia son las necesidades políticas del momento, tanto en España como en América, las que condicionan el uso del lenguaje en forma “tradicional” o “moderna”. En este sentido Palti explora varios ejemplos en las discusiones y publicaciones de los períodos críticos entre 1808 y 1812 en España, durante el período independentista latinoamericano y en momentos de las organizaciones nacionales en las décadas centrales del siglo XIX; períodos en los cuales las “ideas” fueron sometidas a tensiones extremas y cuyas necesidades empujaron a publicistas y políticos a llegar al límite de lo “decible”. Ideas como “soberanía popular”, “pueblos y reinos”, “representación”, “nación”, “pueblo”, “ciudadano”, “opinión pública”, etc. se mantienen de forma contradictoria para argumentar tanto a favor como en contra de las alteraciones que se estaban viviendo “esta claro que sus cambiantes posturas obedecieron a una lógica estrictamente política, y sus realineamientos ideológicos dependieron de cómo se planteó en cada caso el debate”.⁸ Como ejemplo, la doctrina pactista clásica podía servir, como la liberal, para reclamar una participación equivalente en las cortes a la de España con la ventaja, sobre la liberal, de que en la noción de “pueblos y reinos” se encontraba un sólido punto (y, como dice el autor, una “amenaza apenas velada de una posible secesión”⁹) contra las intenciones unitarias de los peninsulares, hasta el extremo de poder impugnar las decisiones basados en la falta de consulta a las poblaciones americanas.

El origen estrictamente político de las concepciones utilizadas por las fuerzas que se hacían cargo de la nueva etapa que se abría con la crisis de la monarquía española, impide su plena separación en las clásicas dicotomías, y cualquier taxonomía que implique una distancia demasiado amplia entre modernidad y tradicionalismo debe enfrentarse a límites definitivos. A la vez, la confusión que genera el no distinguir entre lenguajes e ideas termina por substanciar aquellos como “...atributos subjetivos, es decir, a proyectar los lenguajes al plano de la conciencia de los actores para extraer luego de allí conclusiones relativas a su naturaleza social o identidad cultural.”¹⁰

Aunque esta crítica está sobre todo dirigida a Guerra y su caída en la dicotomía “liberalismo español modernista vs liberalismo americano tradicionalista” sirve perfectamente para ilustrar una crítica que Palti dirige a todos los autores tratados: La confusión entre lenguajes políticos e ideas políticas termina minando todos los intentos que se realizan por superar las dicotomías observadas en los trabajos previos, y cada nuevo intento de “renovación” repite la substancialización en “ideas” dicotómicas que terminan enfrentándose en el mundo de las entelequias por fuera de las situaciones históricas en las que emergieron.

En resumen, las “ideas” recorren un camino mucho más complejo que el simple desplazamiento de unas por otras. La emergencia de nuevos conceptos “obliga a seguir aquel proceso, mucho más complejo, por el cual se fueron torsionando los sentidos en el interior del vocabulario existente.” Estas torsiones no se descubren analizando cada idea particular para descubrir su origen tradicional o

⁷ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 69.

⁸ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 80

⁹ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 80

¹⁰ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 89

moderno “Para ello es necesario estudiar cómo se reconfigura el sistema de sus relaciones con aquellas otras categorías con las cuales linda; en fin, debemos reconstruir *campos semánticos*.”¹¹

Una mención especial merece la indagación de Palti de las contradicciones insolubles inscritas en el concepto de “opinión pública”, la gran mimada de las teorías de la modernización que permean las investigaciones en la Argentina de manera casi general y cuyas aporías surgieron en la época de independencia y organización de las naciones americanas cuando se intentaba dar sustento a la vez a la autodeterminación y a la naciente institucionalización. En este caso el concepto deliberativo de la opinión pública, basada en un debate racional de ideas que permitiría el avance de la línea histórica “correcta” (liberal, democrática, de partidos y parlamentos) estaría sometido a límites insalvables “Por un lado, éste presupone todavía la idea de una Verdad objetiva (la “verdad del caso”) en torno de la cual los distintos pareceres pudieran eventualmente converger. Y ello es necesariamente así porque, si no hubiera una Verdad última en materia política, el juego de las interpretaciones se prolongaría de modo indefinido... Sin una verdad, todo debate se volvería, pues, imposible. Pero, por otro lado, si existiera una Verdad, entonces la apelación a la opinión pública no tendría sentido. La resolución de las cuestiones en disputa cabría confiarla a los *expertos*. En última instancia, no existirían opiniones, sino quienes poseen la verdad y quienes la ignoran... En síntesis, sin una Verdad última, el debate racional sería imposible, pero, con una Verdad, éste sería ocioso.”¹²

Ahora bien, una de las palabras más usadas en este libro es “sin embargo...” ya que Palti trata de llevar al límite las interpretaciones para que así surjan las aporías. ¿Es aplicable al mismo Palti su método? Por supuesto y en esto podemos remitirnos a la última mención que hicimos. Explícitamente el autor nos dice que las ideas no son arbitrarias, que no surgen de forma “acontecimental” y, si tenemos en cuenta que “torsión” es una palabra sinónima de flexión, inflexión, torcedura, distorsión, torcido, desviación, etc. no nos resultaría difícil volver las críticas en contra de su mismo análisis. ¿Es válida la comparación, más allá de la crítica historiográfica, de las nociones tradicionales (que, como las definimos, sin duda estaban presentes) con las nociones modernas (que, como tales, no podían estarlo) cuando hablamos de estudiar la relación de “ideas contiguas” de este período? Lo que hace el profesor Palti al analizar las “torsiones” a las que someten los actores políticos el lenguaje ¿Qué es en definitiva lo que pone en contacto? ¿Qué es un “campo semántico” cuando el investigador agrega la búsqueda del sentido, más o menos moderno, más o menos tradicional, de “lo dicho”? Tal vez el profesor Palti, a pesar de su excelente trabajo, innova menos de lo que él mismo cree. Trasladando sus palabras podríamos decir que, para no tornar ociosa su investigación, una Verdad sustituta o un ancla objetiva de algún tipo debe tomar el lugar de aquellas demolidas. Esta ancla es, a mi parecer, que al criticar las ideas de “tradicional” y “moderno”, las hibrida y pone en contacto complejizando el análisis sin llegar, en última instancia, a destruir la dicotomía. “Hibridación” presupone dicotomía, es una solución a ella; “torsión” presupone la existencia de aquello que se torsiona que no es más que una idea tradicional tensionada y modificada por los contextos históricos, pero ¿Cómo sobrevive una “idea tradicional” hasta el momento que algo la torsiona? ¿No fueron torsionadas las ideas entre el siglo XVI y antes donde se encuentran muchos de los filósofos “tradicionales” que el autor toma hasta el siglo XIX en que “verdaderamente” se torsionan? Cuando el profesor Palti analiza los conceptos de pueblo, nación, soberanía, opinión pública, etc. en los actores del período revolucionario y post-revolucionario esta lejos de sólo examinar la relación entre “ideas contiguas” temporal y espacialmente. Se mueve en sus comparaciones con el escolasticismo y el liberalismo, entre las nociones tradicionales y las modernas pero ¿Por qué es lícito compararlos cuando las “ideas contiguas” del período no podrían haber contenido muchos de los conceptos que nosotros utilizamos y calificamos de “modernos”? ¿Qué nos permite suponer que las “torsiones” se revelan hibridando un lenguaje “tradicional” para dar suelo al surgimiento de uno “moderno”? ¿Es su punto de llegada “moderno”? Y si es así ¿Cuál es la diferencia radical con aquellos historiadores que parten de las ideas modernas para rastrearlas en su “evolución” desde un lenguaje tradicional? Aún en medio de palabras como “torsión” o “hibridación” resuena una lucha entre entelequias, las mismas que él critica a los historiadores del período.

Tal vez no haya solución a este dilema, atrapados en la arbitrariedad esencial del lenguaje, en su polisemia, podemos dar infinitas vueltas en él. ¿Cómo se transforman las ideas? Esta es una pregunta que, dejando de lado la metafísica, tal vez nunca podamos responder, porque nuestra respuesta es

¹¹ PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., p 122.

¹² PALTÍ, Elías José *El tiempo de la...*, op. cit., pp. 170-171.

parte de aquella transformación y, por lo tanto, se imposibilita a sí misma al convertirse en parte del problema. El dilema del observador y el principio de incertidumbre siempre está presente.

Lo más valioso, en definitiva, es la crítica de la dicotomía “continuidad/ anomalía” presente, de forma más o menos manifiesta, en todos los estudios de las “ideas” latinoamericanas. ¿Que es lo continuo/anómalo? Luego ¿Por qué es continuo/anómalo? Luego ¿Por qué alguien dice que lo continuo/anómalo “es” continuo/anómalo? Luego, lo continuo/anómalo ¿Es continuo/anómalo o su “continuidad/anomalidad” se halla en los presupuestos no problematizados que la “producen”? Finalmente, esta concepción de continuidad/anomalidad ¿Sirve para explicar y dar sentido a cierta clase de fenómenos históricos o es una herramienta insuficiente que se mantiene acríticamente por una relación de fuerzas académicas, un “sentido común”?¹³ Aún con los problemas que mencionamos antes es una buena forma de interrogar sobre aquello de lo que no se debe hablar.

Por supuesto, toda crítica que se pretenda centrada tiende a producir una circularidad expansiva un tanto desesperante para el mundo de los historiadores acostumbrados a su deseo de orden, que es un deseo de Estado, en los archivos, los congresos y los puntajes. En última instancia esta puede amenazar los presupuestos y prejuicios más allá de lo que originalmente era la intención del autor, incluso más allá de aquel límite no dicho, pero presente, en el cual los profesionales de toda tendencia cierran filas en defensa de sus privilegios (aquellos que el Estado les otorga, la de *expertos*, la de descifradores arcanos, la de receptores de subsidios). Por ello, que el profesor Palti logre que lo lean en el campo de los historiadores argentinos ya es encomiable, probablemente sea sensiblemente más difícil que le presten atención y saquen conclusiones de sus trabajos.

¹³ Siguiendo la crítica de la imposibilidad de refutar la idea de identidad entre razón general y voluntad general cuando constituye la premisa del modelo de las “desviaciones”, Palti coloca una nota al pie en la página 182 que es, tal vez, la parte más “incorrecta” de un trabajo perfecto desde el punto de vista de las reglas de “sociabilidad” del campo historiográfico. “Resulta aquí paradójico observar que los mismos que le cuestionan hoy a estos (los líderes de la organización nacional) haber intentado restringir el sufragio son también los que más insisten en el carácter tradicionalista de la sociedad y la cultura locales: en definitiva, el pecado de aquéllos no sería más que el haber sido consecuentes con una percepción que éstos, en lo esencial, todavía comparten”.